

Círculo Rojo

La ópera de los opuestos

LA ÓPERA DE LOS OPUESTOS

ADRIÁN FERNÁNDEZ BEJARANO

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2017

Depósito legal: AL 2433-2017

ISBN: 978-84-9183-034-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Adrián Fernández Bejarano
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imágenes de cubierta: 123rf - kisslilly; 123rf - Laurin Rinder

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Para mis padres,
por sufrir junto a mí
los caprichosos vaivenes
de mis opuestos.

"La conciencia sólo puede
existir de una manera,
y es teniendo conciencia
de que existe".

Jean-Paul Sartre

I

Hoy he vuelto al pueblo después de tantos circunloquios de asfalto adheridos en la mirada, las suelas y los pulmones. Después de aburguesar mis piernas con el petróleo, mi tiempo con la rutina y mi alma con externas imposiciones. Después de vagar y divagar por callejones sin salida, en busca del trabajo prometido y la vida acomodada y perniciosamente solitaria, que heredaríamos de manos de aquellos que se solapan tras los «señores» de las promesas incumplidas. Hoy he vuelto tras una larga ausencia de mí mismo, donde la aceptación de la desidia y el tedio como algo natural e intrínseco a la condición humana, atenazaban mis esperanzas e ilusiones de progresar y prosperar dentro de una excluyente sociedad.

Ahora comprendo lo absurdo de aquella concepción de «progreso» y «prosperidad» en la que acrecienta el bolsillo y el ego a la par que disminuye el espíritu, la empatía y la dignidad. Ahora comprendo lo perdido que he estado desde que —recién cumplida la mayoría de edad— partí a la ciudad con ensoñaciones de grandeza y la convicción de hacer lo correcto, dejando atrás lo que, hasta a aquel momento, había sido mi vida: la sierra, el pueblo, mi tierra.

Desde entonces, no había vuelto a pisarla hasta esta insurrecta mañana de gris otoñal. Vine casi cada fin de semana, pasé veranos, e incluso, llevo unos dos años afincado de nuevo en la casa de mi niñez. Pero nunca había vuelto a sentir la pureza de sus aires

sencillos y redentores, al menos nunca como antes de marcharme; nunca como hoy.

Con el lucero del alba aún con la luna a cuestas, un impulso de paz e inconsciencia me ha llevado a pasear por los senderos de mi tierna infancia y mi inspiradora adolescencia. En silencio, me he parado a escuchar el trino de los jilgueros, de los mirlos y los descarados petirrojos que vinieron a mi encuentro. El arrullo de la ribera conquistando las piedras y la arena. El rumor del viento ondeando las copas de los árboles; y su silbido, mientras bajaba hasta el suelo para remover y desordenar la hojarasca y las cuartillas de su diario anual que acababan de pasarse de fecha.

El olor de unas amarillas flores silvestres, me ha dejado cautivo de la melancolía de aquellos tiempos pasados que pretendo retomar. Esta morriña, cohabitando en perfecta armonía con el júbilo de los sauces —que apostados a la orilla del tenue caudal, lloran de risa ante la estupidez humana— me han obligado a posarme sobre una roca camuflada con el verdín de la humedad; e instintivamente, mis zapatos y calcetines han huido como cobardes de un medio que no les correspondía, y mis pies descalzos se han reconciliado con la hierba, desperezando cada uno de sus dedos, cansados de su cárcel de caucho. Una nuez —celebrando la reciente liberación de mis pies— escapó de su prisión, huyendo entre las ramas, cayendo con su sorda melodía efecto de la gravedad, sacándome por un instante de mi introvertida inmensidad, resbalando con el traqueteo en *allegro* en su chocar con las piedras cuesta abajo hasta el fin de su ópera prima en el llano.

El cielo comenzaba a tomar unos preocupantes tonos oscuros, augurando la lluvia que no ha cesado desde mi regreso. Sacudí las plantas de mis «pezuñas», y devolví, con premura, mis envalentonados calcetines y zapatos a su ser artificial. Miré ribera arriba, e intuí una chopea que me trajo el recuerdo de la ruinosa

aldea abandonada donde buena parte de mi generación perdió el rumbo y algo más que la vergüenza, arrastrándonos a la insufrible «madurez» de la que hoy reniego.

Me puse en pie y caminé sin cuidado y con prisas hasta el hogar. A pocos metros de abrir la puerta, empezó a chispear y entré casi corriendo. Tras una relajante y larga ducha, me puse a rebuscar en el baúl donde duerme guardada mi pubertad. De él saqué el cuaderno donde estoy escribiendo estas palabras; aunque creo que, en realidad, aún sigo rebuscando en ese cofre el tesoro perdido de aquella seductora época, en la que primaba más el ser consecuente con los deseos que el seguir el camino preestablecido. Y, aunque tuviese el inconveniente de la inestabilidad emocional —fomentada por la revolución hormonal— y el de la duda de si anteponer la aceptación social a la aceptación de la mismidad, estoy seguro de que entonces estaba mucho más cerca de encontrar el equilibrio entre cuerpo y espíritu, y raciocinio e instinto, de lo que estuve después, y de lo que estoy hoy, con la inercia de lo pasado.

En este día de renovada espiritualidad resucitada en el que vago como novato a los mandos de mi nuevo «yo» pluripersonal, quiero recontarme la historia de aquel verano —que se me antoja ignoto y remoto— en el que fracasó la humanidad como especie. Quiero remover mis recuerdos como quien agita un árbol para recuperar un objeto perdido, ser pasto de la reminiscencia, evocar el momento exacto en el que tomé la vereda equivocada y, tras desandar mis pasos y lamerme las heridas, retomar la senda de la concordia y la fraternidad entre mis distintos «yo» interiores y el resto del mundo. Pero las dudas no dejan de embargarme la voluntad. No sé ni cómo, ni cuándo, ni dónde comenzar la historia; es más, ¿cuándo empieza una historia? ¿Cuándo termina? Jamás me lo había preguntado, pero después de reflexionar un

poco, he llegado a la mísera conclusión de la más cruel realidad: toda historia comienza con un alumbramiento y termina con una muerte. Hay personas que mueren cada noche y renacen cada día, y tienen miles de historias acumuladas a lo largo de su vida con las que recrearse en su soledad o en su compañía, y otras cuantas pendientes, con las que deleitarse antes de su definitivo final. Otros, sin embargo, sólo tienen una historia que contar; y, a veces, ni siquiera eso. Pasan por el mundo como muertos vivientes, y sus vidas, no llegan ni a ser sombras de su potencial. Si perteneciera a este rebaño de personas —como indudablemente he pertenecido hasta hoy—, me provocaría una muerte inmediata, suicidaría la rutina y renacería con la alegría de la mañana como un niño juguetón, sensible, inocente y sincero. ¡Nunca es tarde!

Después de dejar a mi espalda este letargo zombi y descarriarme del rebaño, me muero de ganas de reparar el daño autoinfligido, de despertar cada aurora, de renacer con el alba y reenganchar me a la vida. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Qué desperdicio!

…Las voces de los fantasmas del pasado se van abriendo paso y se agolpan en mi cabeza con trémula nitidez, despejando las incógnitas y trayéndome la claridad espectral de una década pasada que recorre un angosto túnel que se va ensanchando camino de la luz...

II

El invierno había sido lluvioso y era el primer sábado en semanas —tal vez en meses— que hacía acto de presencia el sol, en este caso, matutino, tibio y primaveral. Serían las nueve de la mañana, cuando Javi, el Halcón —que era puntual por naturaleza y le sacaba de quicio la constante impuntualidad de sus amigos—, miraba impaciente su reloj y daba vueltas rodeándose a sí mismo. La mañana era propicia y sus fieles compañeros de andanzas: Paco, el Leopardo, y Joaquín, el Sorollo, se retrasaban como de costumbre.

El Halcón no dejaba de otear el horizonte calle abajo, hasta que, por fin, los vio aparecer, reprochándoles desde lejos su actitud, señalando repetidas veces su reloj con el índice, y cuando llegaron a la distancia justa para poder hablar sin gritar en exceso, sus reproches se hicieron verbo:

—¡Macho! ¿Dónde estabais? ¿No veis las horas que son? ¡Al final se nos va el día! ¡Y si no, ya lo veréis!

—Javi, no empecemos ya, que es muy temprano todavía. Hemos llegado un poco tarde, pero tampoco es para ponerse así —le replicó el Leopardo.

—Bueno no perdamos más el tiempo. Pongámonos en marcha —arengó Javi a sus compañeros, mientras el Sorollo bostezaba quitándose una legaña del ojo derecho.

Con el Halcón a la cabeza, iban subiendo hacia el camino de la Trampera, nombre con el que fue bautizado por ser lugar habitual de caza menor, sobre todo durante la postguerra; aunque, también era conocido popularmente en el pueblo como la cuesta del Agonías —nombre más acertado que el de la Trampera porque es una cuesta bastante empinada—.

—¿Cómo estará la cabaña? —preguntó inquieto y sonriente el Halcón, corriendo de espaldas cuesta arriba para establecer contacto visual con sus compañeros.

—¡Pues cómo va a estar! ¡Hecha una mierda! —aseveró el Sorollo—. ¡Después de este invierno…! ¿Qué esperas?

—¡Vaya hombre, cada vez que hablas sube el pan! —le increpó el Leopardo—. ¡Espera al menos a que lleguemos!

—Yo lo único que os digo es que no os hagáis muchas ilusiones.

—Pues yo creo que…

—¡Buenos días! —interrumpió el Babucho al Halcón—. ¿A dónde va tan temprano el trío calavera?

—Como siempre, José Antonio, a por gamusinos —respondió socarronamente el Leopardo, no encontrando más respuesta que el silencio.

El trío continuó su marcha sin aminorar el paso, y cuando estaban a una distancia prudente, lo suficientemente alejados para que el Babucho no los escuchara, comenzó a bramar el Leopardo:

—¡Qué tío más alcahuete! Pases a la hora que pases, ahí está a ver que es capaz de sonsacarte.

—Sí, a ese cabrón no se le escapa una. Antes de que te pegues un pedo ya lo sabe. ¡Qué tío la ostia! —recalcó el Halcón.

—Y que mote más bien puesto —continuó el Sorollo—. Siempre en pijama y zapatillas. ¿Alguna vez lo habéis visto vestido de calle?

—Para las fiestas del pueblo y poco más —sentenció el Leopardo.

Siguieron andando sin mediar palabra y se adentraron en el camino de la Trampera, con la evidente preocupación por el posible estado de su cabaña, de su pedacito de independencia, de su lugar en el mundo, de su escondite para la libertad.

Cuando llegaron a la portera del Comisario —que abandonó la finca al marcharse a la ciudad veinte años atrás— se miraron expectantes y levantaron el alambre que unía el palo de la valla con el de la portera, y el camino quedó despejado. El Sorollo se quedó atrás para volver a colocar el alambre y, con una breve carrera, volvió a colocarse a la altura de sus camaradas.

Con la inquieta mirada basculante de izquierda a derecha, valoraban cada cambio que había sufrido el paisaje durante el invierno. Las zarzas habían conquistado dos o tres palmos más de terreno y algunos olivos apenas se adivinaban bajo ellas. El camino que solían recorrer para llegar hasta su cabaña estaba impracticable y tuvieron que rodear la finca pegados a la valla de alambre. Este detalle les hizo sentir como extraños en sus propios dominios e hizo que sus esperanzas decrecieran exponencialmente.

Al llegar al punto más elevado de la colina, echaron a correr como almas que las lleva el diablo. El suelo estaba húmedo, embarrado en según qué zonas, y había algunos charcos que reflejaban la luz del sol. Durante la carrera, los tres sufrieron varios resbalones sin mayores consecuencias, y en sus primeros avistamientos de la cabaña, ésta parecía estar en buen estado, aunque no había ni rastro del plástico que habían colocado para preservarla intacta; con total seguridad, habría volado a causa de un vendaval de una de las muchas tormentas invernales.

El Leopardo llegó el primero, casi sin despeinarse, seguido por un bregado Halcón que llevaba el corazón en la boca y la lengua en el mentón, y en último lugar, pero reposado, el Sorollo, que no tenía ese espíritu competitivo de sus colegas.

El olivo centenario se alzaba majestuoso ante ellos, mutilado por las puntillas y la madera de su hermano el pino, que mataron para construir ventanas europeas. La cabaña parecía sólida, aunque la madera había tomado un tono verde azulado que les hizo pensar lo peor. El Halcón se agarró de uno de los retazos de pino que usaran en su día de escalera y se quedó con él en la mano. Mientras tanto, el Sorollo y el Leopardo inspeccionaban el suelo de la cabaña, que parecía sólido, pero, al tocar la corteza del olivo, éste parecía estar podrido, infectado por alguna enfermedad o, simplemente, enguachinado.

—No tiene buena pinta —dijo el Sorollo—. Lo mejor será recoger lo que quede y buscar otro sitio.

—Estoy de acuerdo —prosiguió el Leopardo—. Podría hundirse con el peso de los tres.

—¡No! —protestó el Halcón—. ¡Está bien! ¡Es consistente! ¡No puede hundirse!

—Javi, toca el árbol… ¡Está podrido! —declaró el Sorollo, intentando razonar con él—. Sube un momento y rescata lo que quede dentro —insistió, mientras colocaba las manos unidas a la altura de sus rodillas con intención de auparle.

El Halcón aceptó la proposición, y poniendo su pie derecho en las manos del Sorollo dejó que le impulsara. Una vez arriba, con la cabeza agachada, comenzó a saltar con todas sus fuerzas.

—Lo veis, re… —En ese momento el olivo crujió, y el tono fuerte y alegre con el que empezó la frase se tornó en melancólico y débil—…siste.

En suelo firme sus dos amigos se miraron cómplices y movieron sus cabezas de forma reprobatoria y compasiva. El Halcón abandonó la idea original e inició el desalojo. Primero las tres pequeñas banquetas en las que se sentaban, después las bolsas de plástico y el escurridor con el que recolectaban y lavaban las

frutas de árboles silvestres —y no tan silvestres—, y, por último, sus tirachinas, hechos con horquillas de madera y recortes de cámaras de ruedas, que usaban para proteger su territorio, si se daba el caso —que no se dio—, y hacer pequeños campeonatos de puntería entre ellos.

El Sorollo iba colocando los objetos en el suelo con delicadeza, y cuando el Halcón bajó de un salto y vio todas sus pertenencias desparramadas por el olivar, sin un techo que las cobijara, cayó de rodillas sobre el barro, y sintió, como si a sus recién cumplidos quince años, le hubieran desahuciado la infancia. El Leopardo colocó su mano derecha en el hombro izquierdo del Halcón, y el Sorollo hizo lo propio por el lado contrario, añadiendo:

—No seas dramático. Buscaremos otro sitio. ¿Qué te parece si, mientras buscamos, dejamos todos estos «tiestos» en la cueva del zorro?

—Vale —respondió con energías renovadas el Halcón—. Lo dejaremos todo en la cueva del zorro mientras construimos otra cabaña.

—¡No! —dijo enérgico el Leopardo—. ¡Nada de cabañas! ¿Qué clase de árbol va a aguantar nuestro peso? ¡Ya no somos niños! ¿Cuánto podemos pesar entre los tres? ¿Doscientos, doscientos cincuenta kilos? No, es mejor olvidar esa idea.

—Sí, Javi, Leo tiene razón. Es mejor evitarnos otro chasco. Trabajaríamos para nada —dictaminó cabalmente el Sorollo.

—Y entonces… ¿qué vamos a hacer? —preguntó el Halcón.

—Ya lo veremos a su debido tiempo —persistió el Sorollo repitiendo solemnemente—…a su debido tiempo. Ahora cojamos nuestras cosas y vayamos a la cueva del zorro.

Ésta estaba a apenas cien metros del viejo olivo y era perfecta para ocultarse, porque era pequeña, casi una grieta bajo un pequeño montículo que se ensanchaba en su interior. Si no cono-

cías su existencia pasaba totalmente desapercibida. En ella escondieron sus pertenencias, sentándose en algunas de las rocas que custodiaban la entrada.

El Halcón estaba deprimido, su habitual parlanchinería se había esfumado, dejando paso a un pozo de silencio que sus dos amigos trataron de secar con un trivial e intrascendente parloteo:

—¿Recuerdas el día que descubrimos la cueva? —abrió el Sorollo.

—Sí, veníamos del campo del Barítono —prolongó el Leopardo.

—¡Ostias, es verdad! Venía pisándonos los talones. ¡Qué buenas cerezas!

—¡Y qué mala leche!

—Sí, el tío siempre se picaba con nosotros. ¡Cómo corría!

—Total, por una bolsa de cerezas. ¡Si tiene por lo menos diez cerezos!

—Sí, pero es un agarrado.

—Ni que lo digas.

—Llevábamos por lo menos media hora corriendo y el cabrón seguía detrás nuestra.

—¡Fu, que bicho! Si nos coge nos mide el lomo.

—Entonces, pasamos por delante y vimos salir al zorrillo. ¿Te acuerdas cómo era?

—Claro que me acuerdo. Parduzco, con el pecho blanco, las orejas puntiagudas y un mechón blanco en la cabeza y, quizás, otro al final de la cola.

—¿Tenía los ojos rojos o me lo he imaginado yo?

—Sí, de un marrón rojizo.

—El pobre no se esperaba que pasásemos justo en ese momento… No sabía dónde meterse.

—Al poco, hicimos la cabaña. ¿Cuántos años hace? ¿Cuatro? ¿Cinco años?

—Por ahí, por ahí.

—Cinco —rompió su silencio el Halcón para volver inmediatamente a él.

—Cinco… ya ha llovido, ¿eh?

—Claro, éramos unos críos.

—Diez años… ¡Qué buenos tiempos!

—¿Te acuerdas del día que fuimos a por la madera?

—De carpintería en carpintería, buscando todos los retazos que quisieran darnos.

—Y después a la ferretería, a comprar los clavos.

—¡Qué trabajo nos costó traer los sacos llenos hasta aquí!

—¡Y después construirla!

—Estuvimos dos días, mañana y tarde.

—No teníamos ni idea de cómo empezar.

—Aún tengo los dedos machucados.

—Venga, no exageres.

—¿Exagerar? Mudé hasta una uña.

—Seguro que no fue para tanto.

—Hemos pasado buenos ratos en ella.

—Sí, muy buenos.

—¡Cuántas tardes tumbados al sol!

—Y dentro, escondiéndonos del avaro de turno.

—El ataque de las abejas…

—La mañana de las borregas…

—Las tardes de grillos…

—¿Dónde se escondería el zorro? No volvimos a verle.

—Le asustaríamos al estar tan cerca.

—¿Seguirá por ahí?

—¿Quién sabe? A lo mejor.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Encontraremos otro sitio. No te preocupes. Sólo tenemos que tener paciencia. De momento esto no está tan mal.

—Pero no es nuestra cabaña —recalcó el Halcón.

—Encontraremos algo mejor —dijo el Sorollo sin poder evitar que un hilo de melancolía se le colase en la voz, repitiéndose por los ecos de sus interiores—…. algo mejor.

III

A las cuatro en punto del viernes de la semana siguiente, se reunieron los tres compinches en la plaza del pueblo a petición del Sorollo. La impaciencia se hacía presente en el Leopardo, pero parecía estar devorando por dentro al Halcón, que inquieto, preguntó:

—Bueno, Sorollo, ¿de qué se trata?

—Paciencia… Vayamos a la cueva del zorro. Allí, os lo contaré todo.

—¡No me jodas, Sorollo! —replicó el Leopardo—. Cuando te pones misterioso me sacas de mis casillas.

El Halcón, a sabiendas de la tozudez de su amigo en cuanto a estos temas se refiere, enfiló el camino imponiendo un ritmo alto para que la espera no se hiciese eterna, y en tan sólo cinco minutos estaban en la entrada de la cueva sentados en sus banquetas.

—Bueno —comenzó el Sorollo—. Creo que he encontrado nuestra nueva guarida.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó acelerado el Halcón.

—Anoche, antes de dormirme, estuve pensando y me acordé de mi abuelo…

—¡Oh, no! —interrumpió desesperado el Leopardo—. ¡Qué «chapa» nos va a caer en lo alto!

El Sorollo, ignorándolo, continuó: